



EL BARCO  
DE VAPOR

SERIE BARRACUDA

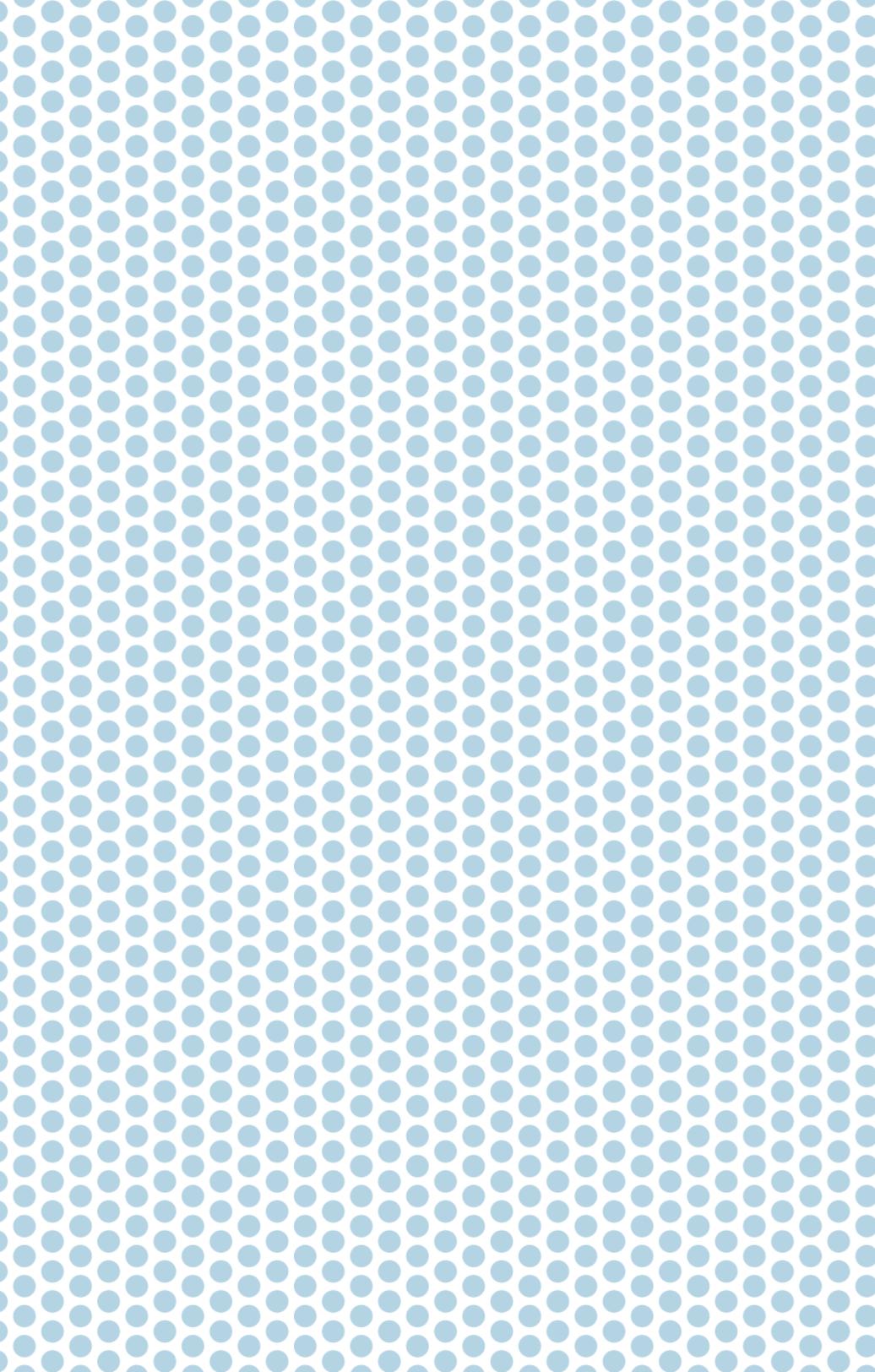
# Barracuda, el rey muerto de Tortuga

## Llanos Campos

Ilustraciones  
de Marta Altés



sm





EL BARCO  
DE VAPOR

# **Barracuda, el rey muerto de Tortuga**

Llanos Campos

Ilustraciones de Marta Altés



Primera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Xohana Bastida  
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Llanos Campos, 2017  
© de las ilustraciones: Marta Altés, 2017  
© Ediciones SM, 2017  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

**ATENCIÓN AL CLIENTE**

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-9774-5  
Depósito legal: M-22902-2017  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Fulín  
y para mi hermano John.*

CHISPAS

*A Benito,  
por todo y por más.*

LLANOS





EL SOLDADO VILLEGAS estaba muy nervioso. Miraba a todas partes mientras intentaba mantenerse firme en su puesto de centinela del segundo turno de guardia. Pero el fusil le temblaba entre las manos como si tuviera frío, aunque esa noche en la isla de Puerto Rico la temperatura era de más de treinta grados. Al otro lado de la pequeña puerta oeste del fortín San Juan de la Cruz, su compañero de guardia –el soldado Andrade– permanecía quieto como una estatua, recortado contra la estela de la luna en el mar.

Villegas oteó el mar frente a él: nada. Luego miró hacia el este, al otro lado de la desembocadura del río Bayamón, a la ciudad de San Juan. Todo estaba en silencio. Sin embargo, eso no parecía tranquilizarle.

–Los han visto en la isla, Andrade –dijo el más que asustado Villegas–. Los han visto desembarcar en el norte. Dicen que no son más que huesos y harapos, pero que luchan como demonios salidos de las pro-

fundidades del mar. ¡Y no puedes matarlos, Andrade!  
No puedes matarlos porque... ¡ya están muertos!

El soldado Andrade no contestó ni cambió de postura.

–¿Tú sabes a qué han venido? –continuó el ya aterrorizado soldado–. ¿Eh? ¡Vienen a llevarnos al infierno a todos, Andrade! ¡A eso vienen! –levantó el fusil–. Estas armas que llevamos, ¿sabes de qué nos van a servir? Yo te lo diré, Andrade: ¡de nada! ¡De nada nos van a servir! ¡Las balas no los tocan, como si sus cuerpos fueran de aire! ¡Los disparos de cañón ni siquiera los levantan del suelo! ¡Los cuchillos no los hieren aunque los atraviesen de parte a parte! –Villegas abandonó su posición, se acercó a la muralla y continuó en voz baja mientras escudriñaba la oscuridad, cada vez más nervioso–. No los veremos llegar... Cuando queramos darnos cuenta, ya los tendremos encima y nadie podrá salvarnos –se acercó a Andrade–. ¡Vámonos! ¡Vámonos ahora mismo! ¡Yo no me alisté para luchar contra espectros! Soy un fiel súbdito de España y juré dar mi vida por ella. ¡Pero no vine al otro lado del mundo a perder mi alma! ¡Y eso es lo que quieren, Andrade! –lo zarandeó por las solapas–. ¡Nuestras almas!

Entonces, el paciente Andrade abandonó su posición de firmes para arrearle a Villegas un sonoro bofetón que le tiró el casco y (unos segundos después)



le dejó la mejilla derecha caliente y roja como un tomate.

–¡Basta ya! –le dijo en voz muy baja–. ¡Conseguirás que nos arresten! ¿Pero tú oyes lo que estás diciendo? ¡Muertos vivientes! ¡Pareces un crío!

–Yo tampoco lo creía –se defendió Villegas con una mano en la mejilla colorada, sin dejar de temblar–, pero el primo de Santamaría tiene un amigo en el fuerte sur que conoce a un tipo que los vio. Y dicen que su pelo ahora es blanco, y que se ha quedado ciego.

–Todo muy fiable, sí –respondió Andrade volviendo a su puesto–. Mira, Lope: yo no sé si existen los muertos que caminan sobre la tierra, pero ¿sabes lo que sé que existe seguro? ¡El capitán Acuña! Y ese sí que va a despellejarnos vivos si nos ve aquí, de cháchara durante la guardia.

–¡Pero los han visto, Raimundo! ¡Los han visto en esta misma isla que tú y yo pisamos!

–Ya, ya... –dijo entre dientes Raimundo Andrade–. El primo de un amigo de un sobrino de un tío que conoce a uno que oyó decir que alguien los vio tomando el sol en la playa.

–¡No, Andrade, no! ¡No tomaban el sol! ¡Era de noche! ¡Los espectros salen de noche!

–Tomaban la luna, entonces –respondió el soldado Raimundo casi sin mover un músculo–. Mejor; así

no se queman. Los muertos suelen estar pálidos, ¿no? No les vendrá bien tomar mucho el sol.

–¡Te burlas! –dijo Villegas desabrochándose el primer botón de su chaqueta, que amenazaba con ahogarle–. No deberías, Andrade. ¡No deberías burlarte de estas cosas! No les gusta.

–¡Huy, sí! –dijo Raimundo, juntando las piernas como si se estuviera orinando y poniendo voz de petimetre–. ¡Cuidado con los fantasmas, que les sienta fatal que les digas paliduchos! A ver si vamos a herir sus sentimientos de muertos sedientos de sangre y se van a enfadar.

En ese momento, un ruido sordo llegó claramente desde la parte baja de la montaña donde estaba instalado el fuerte. Los dos soldados dejaron de hablar, se miraron y luego miraron hacia el lugar de donde venía el eco inconfundible de unos pasos en la noche. Sin decir nada, los dos a la vez se asomaron por encima de la muralla.

Un grupo de figuras oscuras se movía al pie del fuerte. La luz de la luna las descubría de vez en cuando, y luego las sombras de la montaña parecían tragárselas. Andaban ligeras; casi se diría que flotaban sobre lo escarpado del terreno.

–¡Son... son ellos, Raimundo! –gimió Villegas–. ¡Los muertos errantes! ¡Te lo dije!

–Pero qué... pero qué... –acertó a decir un ahora asustado Andrade.

Los dos soldados se quedaron petrificados con las manos aferradas al parapeto, y antes de que pudieran despegar los pies del suelo, aquellas sombras tenebrosas ya habían llegado adonde ellos estaban.

Por unos instantes que les parecieron eternos, los espectros permanecieron quietos y en silencio frente a ellos, con las ropas raídas agitadas por el viento y las espadas centellando a la luz blanca de la luna. Sus rostros afilados apenas se intuían bajo los sombreros, pero sus dientes brillaban como puñales de plata. Ninguno de los dos españoles pestañeó siquiera, congelados como estaban por el miedo; solo se oía en aquel lugar el castañeteo de los dientes del pobre Villegas, a punto de desmayarse.

–¿Quién va? –acertó al fin a decir Andrade con un hilo de voz, apuntando a aquellas sombras con su arma temblorosa-. ¡Santo y seña! ¿Qué... qué buscáis aquí?

Una de las figuras dio un paso hacia ellos y dijo simplemente, con voz oscura y terrible:

–Tu alma, español.

Raimundo Andrade y Lope Villegas, soldados del primer batallón de la infantería española acantonado en el fuerte San Juan de la Cruz, situado en la isla de Cabras, frente a la ciudad de San Juan de Puerto Rico,

no necesitaron más. En el primer respingo que dieron perdieron la apostura, el casco y el arma; después, se atascaron en la puerta que hasta ese momento custodiaban, al intentar entrar los dos al mismo tiempo; y luego corrieron como conejos delante de un mastín hasta llegar al patio de armas, despertando a todo el fuerte con sus gritos de terror.

–Bien –dijo el espectro–, las telas está al otro lado de esa puerta. Cargad cuanto podáis y vámonos.

Más de cuarenta de aquellas sombras entraron en el atestado almacén, y volvieron a salir con todo lo que eran capaces de sujetar. Amparados en la oscuridad, aquellos espectros bajaron de nuevo la montaña hasta perderse limpiamente en la noche, con su carga brillando a la luz de la luna y sin que nadie les saliese al encuentro. Un golpe limpio y preciso. Por detrás de ellos, los gritos y las llamadas de alarma terminaron de despertar a todos, si es que alguno aún dormía.

En pocos días no hubo soldado español, inglés ni francés en todo el Caribe que no conociera la historia de Andrade y Villegas, atacados por los espectros de la tripulación pirata cuyos cuerpos yacían en el fondo del mar, a bordo aún de su barco, frente a Puerto Plata. Con cada narración, el relato variaba un poco, aunque (curiosamente) nadie mencionaba el robo. Así de selectiva es la memoria. Para cuando la noticia del

incidente llegó a Maracaibo, los espectros medían más de dos metros de altura, sus dientes eran afilados como los de los tiburones, los dos soldados habían muerto nada más verlos, sus cadáveres habían aparecido secos como la cecina, y sus almas inmortales se retorcían ya en las simas volcánicas del mar.

Vosotros y yo sabemos que todo eso no fue así, pero dejemos que el miedo se siembre por el Caribe. Nos conviene.

Justo ahora, ante vuestros ojos, acabamos de robar a los españoles el tesoro más grande que nadie haya visto jamás.

Pero no quiero perderos en esta historia. Para ser fiel a la verdad de los hechos, esta tercera aventura no debería empezar aquí, sino algún tiempo atrás.

Según mis cuentas, la última vez que supisteis de mí acabábamos de escapar de la prisión de Fung Tao en Formosa y de rescatar por segunda vez –ya en aguas del Caribe– el tesoro de Phineas Krane. Yo tenía doce años y era la pirata más joven y pelirroja de la tripulación del temible Barracuda.

Pues ahí seguiremos.

¡Ah, olvido un detalle importante! Estábamos todos muertos.

# ● 1

–ESO QUE DICES no son más que cuentos de viejas –dijo en voz alta Brynmor, golpeando la mesa con su jarra llena de ron–. ¡Sois una panda de malditos cagones! ¡Miraos! ¡Hablando en voz baja con el culo apretado de miedo! –elevó aún más la voz y abrió los brazos–. ¡Yo digo que vengan! ¡Vamos! ¡Toda Tortuga me conoce y sabe que no hablo en balde! ¡Aquí los espera Brynmor el Galés, hijo de Dylan y Gladys Bradfield! ¡Veamos de lo que son capaces esos espí...!

No pudo terminar, porque Toribio el Gallego le arreó en la cabeza por detrás con una jarra de dos cuartas y el Galés cayó de morros al suelo, casi sin hacer ruido.

–¡Este idiota hará que muramos todos! –dijo Toribio a modo de disculpa, con el asa rota de la jarra aún en la mano.

Todo el mundo en la Posada del Indiano de la isla de Tortuga asintió, y entre dos parroquianos

llevaron al inconsciente Brynmor (que ya roncaba como un jabalí) a un rincón, a que digiriera tranquilamente el porrazo y el ron que llevaba en las tripas.

–No es que yo crea en esas supercherías –apostilló Edward el Patas–, pero son muchos los que los han visto, deambulando de noche por los puertos de la Española o por las calles desiertas de Maracaibo. Hay días en que hasta en dos lugares a la vez, paseando sus huesos por las playas a la luz de la luna o navegando en un extraño barco de velas rojas como la sangre, lejos de las rutas comerciales; un barco robado a otro fantasma, un chino vengativo que llevó sus cadáveres al fondo del mar y condenó sus almas a vagar sin fin a bordo de su barco maldito. Dicen que en Puerto Rico acabaron con un batallón entero de españoles. Sus cadáveres eran huesos y pellejo, y cuentan que nadie ha podido enterrarlos porque se salen de sus tumbas cada noche y el cementerio aparece regado de sus cuerpos al salir el sol.

–¡Todo eso no son más que majaderías! –intervino desde la mesa del fondo Medio Pirata. Le faltaban una pierna, un ojo y un brazo, y agitaba la manga vacía de su camisa creyendo sin duda que señalaba a algún sitio–. ¿Quién diablos dice que los ha visto? ¿Alguien en esta habitación?

Todos se miraron un momento.

–El viejo Maurice el Normando los ha visto –repuso, tras un silencio, el Patas–. Se los cruzó una noche en la Martinica, y dice que los perros aullaban y que los gatos se retorcían a su paso como si se hubiera abierto el infierno. Iban todos en procesión, buscando quién sabe qué como almas en pena.

–¡La Santa Compañía...! –murmuró sobrecogido el Gallego, haciendo la señal de la cruz varias veces–. ¡Estamos condenados!

–¿Maurice?... ¿Maurice el Normando, dices? –contestó con sorna el Medio–. ¿El mismo Maurice el Normando que se pasea al salir el sol con un gallo en la cabeza, diciendo que puede volar...? ¿El que jura y perjura que su madre era una dama de la corte francesa y su padre un pulpo de cien brazos?

–Sí..., ese –reconoció a regañadientes Edward, y luego insistió–. ¡Pero muchos otros los han visto! Y no todos llevan un pollo en la cabeza. He oído a piratas grandes como galeones relatar encuentros con ellos con la voz entrecortada por el temor. Sí, amigos: son muchos los que dicen que han vuelto de entre los muertos para cobrarse deudas pendientes.

Al fondo del salón, iluminado por la chimenea, un pirata alto, flaco y rubio palidecía por momentos. Apretaba la jarra de barro que sostenía entre las ma-



nos como si fuera a convertirla de nuevo en barro para moldear otra cosa, y el ron saltaba fuera de ella con los espasmos de su miedo.

–Eso no te pone en muy buena posición –le dijo el posadero desde detrás de la barra–, ¿verdad, Berj?

–¿Por qué? –preguntó Toribio al tembloroso pirata rubio–. ¿Qué tienes tú con ellos, Holandés?

Berj el Holandés tragó saliva y miró a todos los de aquella habitación como si le estuvieran apuntando con armas invisibles, pero no dijo nada.

–No seré yo quien lo cuente –continuó con media sonrisa el dueño de la posada, un tipo alto y gordo–. Pero digamos que este tiene con ellos una cuenta pen-



diente... Al menos, con uno. Si es cierto que vienen a saldar deudas, será mejor que aprendas a batirte con la mano derecha. Porque si no me equivoco, Holandés, para más desgracia tú eres zurdo, ¿no?

En el silencio de aquella habitación, la risa del posadero resonó como la campana de una iglesia. Berj no se reía. En absoluto.

De repente, la puerta que daba a la calle se abrió de golpe. Una ráfaga de viento se coló por ella y dejó la hoguera que ardía en la chimenea reducida a un rescoldo palpitante. Recortadas contra la luz de la calle, varias figuras aparecieron en el umbral. De nuevo el viento volvió a encender el fuego, y el ful-

gor de las llamas iluminó tenuemente las caras de todos. La de Berj estaba blanca como el papel.

Cualquiera en la isla de la Tortuga reconocería aquellas figuras, aunque ahora estuvieran esqueléticas: el gigante, la pata de palo, el parche en el ojo, el garfio, el hacha de doble filo...

–¡Que el diablo se me lleve! –murmuró el posadero persignándose-. ¡Los muertos del *Cruz*! ¡Era cierto! ¡El cielo nos asista!

Las figuras de la puerta no se movieron; parecían flotar en el viento que las rodeaba y que movía sus ropas y sus cabellos. La luz de la luna llena recortaba sus siluetas a contraluz, y la de la hoguera hacía brillar sus ojos como los de las fieras nocturnas.

–¿Qué buscáis aquí, espectros? –se atrevió a decir Edward el Patas con voz temblorosa-. ¡Id en paz y pasad de largo! ¡No queremos pependencias con espíritus ni muertos vivientes! ¡Seguid vuestro camino! ¡Nadie os debe nada en esta casa!

En ese momento, al Holandés se le cayó la jarra de entre las manos y se hizo añicos contra el suelo de madera, con un estruendo tal que hizo que todos le miraran. Tras un momento de silencio, una de las figuras de la puerta dio dos pasos hacia él.

–¡Pero mira qué ha traído hasta aquí la marea! –dijo despacio y con voz grave-. ¡Que el infierno se

congele! ¡Berj el Holandés! ¡Habrá que admitir que la Tierra es redonda y que el agua de los mares es toda la misma! ¿Cuánto tiempo hace? ¿Quince..., dieciséis años? Creí que no volvería a ver tu cara de bacalao del norte, pero mira qué casualidad –dio otro paso hacia él, y Berj pegó la espalda a la pared–. ¿Ya no te acuerdas de los amigos? Eso decías que éramos, maldita rata de mar... Amigos.

–¿Te conoce? –preguntó en un susurro el Gallego al Holandés.

–Claro que lo conozco –contestó la oscura figura, sin dejar de mirar al aterrorizado Berj. Luego puso delante de él un garfio que remataba su antebrazo izquierdo–. ¿Veis esto? Aquí antes había una mano. Una mano como esta –levantó la derecha–. ¿Recuerdas dónde viste mi mano izquierda por última vez? Seguro que sí, Holandés. ¡Estábamos allí los dos! Yo sí me acuerdo. Lo relataré para que tus amigos conozcan también esta edificante historia –elevó la voz sin cambiar de posición ni dejar de mirar a Berj–. Fue después del motín del *Palo Santo*. Navegábamos los dos al mando del viejo capitán Brando. ¡Éramos tan jóvenes entonces...! Esta cucaracha, junto con otras cucarachas que navegaban con nosotros, se amotinaron y mataron a Brando. Era un buen capitán; no debisteis hacerlo. Yo no secundé la revuelta, y fue precisamente a ti, mi amigo

del alma, al que se le ocurrió que sería divertido abandonarme para que muriera en un islote, cerca de Trinidad. Hacía un calor de mil demonios, ¿lo recuerdas? Seguro que sí.

Aquí la oscura figura hizo una pausa, y Berj sintió que debía decir algo. Lo hizo, pero con un hilo de voz.

–Pe... pero no dejé que los demás te mataran.

–¡Ah, gracias! –sonrió el espectro, y sus dientes brillaron a la luz de la lumbre–. No, no dejaste que me mataran, es cierto. A bordo, no. Pero fuiste tú quien me ató con una cadena a una piedra enorme junto a la playa, a esperar que subiera la marea. Eso fue idea tuya. ¡Cómo te reías, Holandés! –agitó el garfio delante de su cara–. ¡Por esta mano me ataste! Ni siquiera me dejaste mi pistola para que pudiera tener un final digno, no morir ahogado como un maldito pez en un cubo. Pero se te olvidó una cosa, amigo: el cuchillo corto que siempre llevo al cinto. Uno como este –lo sacó, lo blandió muy cerca de los ojos del aterrorizado pirata y continuó, con la mandíbula tensa por la rabia–. Tardé más de dos horas, Holandés: dos largas horas... Pero allí quedé mi mano izquierda, atada a una piedra para que se la comieran los peces –dio un paso atrás y puso una voz que pretendía ser amable, pero que sonaba como el batir de un trueno–. Y ahora... ¡Míranos! ¡Juntos

de nuevo como dos amigos de toda la vida, recordando batallitas como viejos lobos de mar, detrás de una jarra de ron!

–¡Maldito seas, Holandés! –murmuró Edward el Patas casi escupiendo–. ¡Nos has traído la desgracia! ¡Ahora iremos todos contigo al infierno, con nuestras almas malditas! ¡A nadie dejarán con vida estos espectros vengativos!

En ese momento, otra de las figuras (una enorme) avanzó desde la puerta y le dijo algo al oído a la sombra que llevaba el cuchillo desenfundado.

–Ya, ya, John –le contestó esta–, enseguida. Déjame arreglar cuentas con un viejo amigo –la inmensa mole oscura volvió a susurrarle algo a la oreja–. ¡Que sí! –repuso el espectro del garfio, molesto. Luego hizo una pausa, miró alrededor y bajó el cuchillo–. Bien, Berj: el día de hoy puedes marcarlo en el calendario como otro cumpleaños. A partir de ahora, tendrás dos. No voy a matarte por una mano que ya ni siquiera echo de menos. Al principio sí lo habría hecho, los tres primeros años. Pero ahora... ahora ya no la necesito. Verás lo que haremos: te voy a dar mi cuchillo –se lo ofreció por el mango–. Tienes dos horas para traerme tu mano en una bolsa –en su rostro volvió a aparecer esa sonrisa que daba más miedo que una trampa para osos–. Si lo haces, te perdonaré la vida. Sé que lo harás, porque eres un hombre

de palabra, ¿verdad, Holandés? Yo también lo soy: cuando te alejabas en la barca, dejándome atado en la playa, te juré que volveríamos a vernos. Tú te reías y escupías al mar. Muerto y todo, yo he cumplido; cumple tú ahora y estamos en paz.

Se hizo una pausa tensa. Berj le miraba con los ojos desorbitados, sosteniendo el cuchillo con su mano temblona. Luego, la oscura figura exclamó, dando un grito que sonó como un latigazo:

—¡Vete ahora si quieres vivir!

El Holandés pegó un bote que lo dejó casi en la puerta, y luego echó a correr calle arriba como alma que lleva el diablo. Ni una jauría de perros le hubiera dado caza, os lo aseguro.

En ese momento, Toribio el Gallego dibujó en el suelo, a su alrededor, un círculo con tiza, cruzó los brazos y empezó a decir a voz en grito:

—¡Cruz ya tengo! ¡Cruz ya tengo, espíritu! —y luego recitó muy rápido en una lengua extraña—: *Espíritos das neboadas veigas, podres cañotas furadas, fogar de vermes e alimañas, lume da Santa Compañía, mal de ollo, negros meigallos; cheiro dos mortos, tronos e raios; fuciño de sátiro e pé de coello; ladrar de raposo, rabiño de martuxa, oubeo de can, pregoeiro da morte* —se arrodilló dentro del círculo y dijo, ya en palabras castellanas—: Esta es la oración de la Santa Camisa, la que me pongo en contra de mis enemigos para que, aunque tengan

ojos, no me vean; aunque tengan pies, no me alcancen; aunque tengan manos, no me toquen; el hierro no me hiera y los nudos no me aten, y por las tres coronas bendice mi cama, mi cuerpo, mi casa y todo mi alrededor, líbrame de brujos, hechiceros, espíritus y personas de malignas intenciones. Con tres te mido, con tres te parto...

–¡Basta de rezos! –dijo el espectro, y eso hizo callar al Gallego–. Nada tenemos contra vosotros. Y esta noche no es la señalada. ¡Salid ahora y no sufriréis daño alguno! Pero eso sí: si alguno queda en esta posada cuando cerremos las puertas, su alma inmortal no tendrá salvación.

No hizo falta más. Todos los parroquianos salieron a la calle en menos tiempo del que se tarda en estornudar (incluido el posadero, que apreciaba su negocio, pero no tanto como para echarle encima, además de horas y trabajo, la propia vida).

La puerta batió contra su marco un par de veces, zarandeada por el viento, y se cerró de golpe. Quedaron dentro del lugar los espectros solos: cincuenta y cuatro sombras demacradas a la tenue luz de la chimenea.

–Echad más leña aquí, avivad el fuego –dijo la sombra del garfio, de pie junto al hogar–. Pasaremos aquí esta terrible noche; no creo que ninguno de esos vuelva hasta mañana, y puede que ni aun

entonces. Cuando salga el sol, habremos desaparecido. Vamos, descansenos aquí nuestros malditos huesos.

Así, de esta forma tan inesperada, conocimos todos la historia de la mano perdida de Hernán Cova-negra, más conocido como capitán Barracuda.